

LOS SACRIFICIOS ANTIGUOS.

Y no obstante, en la segunda de estas tres oraciones pedimos a Dios que mire con rostro favorable esta oblación perfecta que le ofrecemos y que acepte nuestras ofrendas como aceptó los sacrificios de la Antigua Ley. Y recordamos los tres más famosos: el de Abel, el de Abraham y el de Melquisedec.

Abel era pastor; Caín, su hermano, cultivaba la tierra. Los dos ofrecían al Señor los frutos de su trabajo, pero Dios rechazaba el sacrificio de Caín, y aceptaba el de Abel. ¿Por qué? Porque el sacrificio externo de Abel era un signo del acto interno, con el cual se ofrecía a sí mismo, mientras que Caín realizaba una simple ceremonia sin contenido interior. ¿No es éste el caso de muchos católicos, que se contentan con ir a Misa? Su asistencia, ciertamente, indica cierta preocupación por cumplir la voluntad de Dios; pero podría suceder que alguien fuese a Misa para pecar en ella gravemente, y entonces se repetiría con toda exactitud la historia de Caín. La disposición con la cual asistimos al sacrificio de la Misa nos hace semejantes a Caín o a su hermano Abel.

El sacrificio de Abraham es bien conocido. Dios le ordenó sacrificar a su propio hijo Isaac, y lo habría hecho si no hubiera recibido una contraorden al levantar el cuchillo. El sacrificio de Abraham es una figura del sacrificio de Cristo. El hecho mismo de que Isaac llevase sobre sus hombros la leña, con la cual debía ser inmolado, hasta lo alto del monte, la hace más clara y expresiva. Para nosotros es el retrato del hombre obligado a realizar lo más difícil que hay en el mundo. Sin embargo, Abraham obedeció, reconociendo que la sabiduría de Dios es infinita, que tiene un dominio supremo sobre la vida de los hombres y que, en definitiva, no tenía derecho para rebelarse contra la Providencia. La lección de este recuerdo bíblico es obvia: ofrecer a Dios un sacrificio es someter la propia voluntad a la soberanía de Dios, por muy difícil

que pueda parecer; y en toda vida humana hay momentos graves en que se necesita realizar un acto o aceptar un sufrimiento tan pesado como el sacrificio de nuestro patriarca Abraham.

Otro tipo de Cristo en la Ley Antigua es Melquisedec. Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec, decía David refiriéndose al Mesías. Melquisedec, sacerdote de Salem, ofreció el sacrificio del pan y el vino en acción de gracias por la victoria que Abraham acababa de conseguir contra los reyes orientales. Nuestro sacrificio debe llevar también esa efusión del alma, agradecido a todos los bienes que sin cesar recibimos de la bondad de Dios, y así nuestro sacrificio, lo mismo que el de Melquisedec, será realmente el pan y el vino de la Eucaristía. Imágenes lejanas, pálidas sombras, esbozos y prefiguraciones de la realidad, que palpan nuestras manos y contemplan nuestros ojos. ¿Cómo dejaría Dios de echar una mirada propicia y benévola sobre nuestra oblación habiendo aceptado aquellos dones cuya perfección más alta a los ojos de Dios era recordar los nuestros?

HASTA EL ALTAR DE LOS CIELOS.

Nuestra confianza, sin embargo, no debe hacernos olvidar nuestra indignidad. Aunque vaya llevando en sus manos la sangre divina, el hombre no puede acercarse al Eterno sino temblando. Por eso vemos de pronto al sacerdote —tercera oración— que, movido por un impulso de adoración, se inclina profundamente, confiando al ángel de Dios, misterioso mensajero, esos dones, cargados de tantas esperanzas, para que sus manos los depositen sobre el místico altar erigido, como el del *Apocalipsis*, en el centro del templo celeste, a los pies del Dios de toda majestad. Y así se va dibujando la inmensa parábola que, habiendo salido de la tierra, atraviese audaz los cielos para retornar en un descenso de gracias, que son el fruto y consumación del misterio, «a fin de que cuantos participando de este